

LA CONSTRUCCIÓN DE LA NUEVA NORTEAMÉRICA

**JAIME LÓPEZ-
ARANDA
TREWARTHA**



La Norteamérica de las últimas tres décadas está en crisis, apabullada por un renovado impulso neonativista y mercantilista. No dejará de existir, aunque es probable que tome una forma distinta a la que ha tenido en los últimos años. Y esta es una buena noticia: este es el momento para buscar un entendimiento común, norteamericano, sobre drogas y migración.

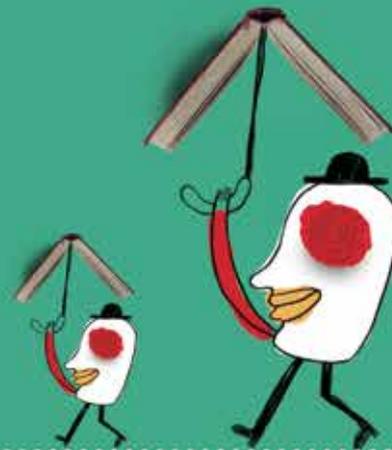
El avance de la legalización de la marihuana médica en México, Estados Unidos y Canadá, sumado a la legalización del consumo recreativo de cannabis y la creciente producción ilegal de marihuana y otras drogas ilegales en varias localidades estadounidenses y canadienses, hará obsoleta la actual política de drogas. Como en los otros mercados que existen en la región, en los mercados ilegales de drogas no existe tal cosa como un efecto aislado. Pero la tendencia es clara y, por ende, el entendimiento común norteamericano sobre las drogas ocurrirá por sí mismo—puede acelerarse, quizá, pero no evitarse.

Algo parecido ocurre con la migración, excepto que la solución no se puede dejar a la inercia. Durante años se ha tenido como principio que la política migratoria es un asunto que debe resolver cada país, en sus propios términos.

Esta era una ficción conveniente que obviaba el hecho de que los territorios de México y Canadá son el paso, no el origen, natural hacia los mercados laborales y el refugio humanitario de Estados Unidos. Y era conveniente porque, en teoría, conduciría a mejores condiciones de vida para muchos mexicanos en Estados Unidos—en términos simples, asegurar la frontera sur de México a cambio de abrir la frontera norte—. Esta ficción no tuvo los resultados esperados y ya no es conveniente. No hace falta recapitular las enormes contribuciones de los migrantes mexicanos a los mercados laborales estadounidenses—se puede ser ortodoxo y decir simplemente que la mano de obra fluye hacia la demanda—. Basta con recordar que el fin de la política de “pies secos, pies mojados” al final de la administración de Obama dejó a muchos cubanos varados en México, o señalar que el temor a las políticas de la presidencia de Donald Trump obliga ya a Canadá a lidiar con un incremento explosivo de refugiados que estaban buscando quedarse en Estados Unidos y ahora prefieren cruzar la frontera hacia el norte. No existe tal cosa como una política migratoria nacional sin efectos en el resto de la región.

Es tiempo de establecer una política común norteamericana en el tema migratorio que proteja la competitividad del mercado laboral norteamericano y la seguridad nacional de los tres países. Esto es, se debe hacer sistemático y transparente lo que durante años ha sido opaco y coyuntural: México y Canadá pueden y deben ayudar a Estados


**FIESTA
DEL LIBRO
Y LA ROSA
2017 UNAM**



21, 22 y 23 de abril
Centro Cultural Universitario

22 y 23 de abril
Casa del Lago Juan José Arreola
Centro Cultural Universitario Tlatelolco
Antiguo Colegio de San Ildefonso

22 de abril
Museo Universitario del Chopo

www.universodeletras.unam.mx/fiesta2017



Unidos a asegurar sus fronteras y a regular los flujos migratorios, tal y como lo han venido haciendo. Pero esta colaboración debe ocurrir ahora bajo criterios públicos, respetuosos de los derechos humanos y, sobre todo, estableciendo garantías de ley de que los migrantes de la región recibirán el trato que merecen los ciudadanos de países socios y aliados. Sin eso, será mejor que en la nueva Norteamérica cada quien vaya por su lado. —

JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA es analista de seguridad y extitular del Centro Nacional de Información del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP).

Una renovada identidad sindical puede ser la base para resistir la agenda autoritaria y antisindical de Trump y hacer avanzar la visión alternativa de justicia económica para todos.

de buena parte de los trabajadores que forman su base, por el otro. La mayor oposición a Trump, dirigida sobre todo contra sus políticas migratorias, provendrá de este sector sindical.

En medio están los grandes sindicatos de industria (automotores, metalúrgicos, confección). Este sector ha demandado el abandono de las políticas y tratados de libre comercio y ha resistido el debilitamiento de la contratación colectiva. Asimismo, en muchos lugares del país, los sindicatos de este ramo son auténticos laboratorios de socialización obrera por encima de barreras raciales, étnicas, lingüísticas y de estatus migratorio. Las corrientes más progresistas de este sector sindical se han unido a las campañas por la legalización de los trabajadores indocumentados; las más nacionalistas exigen un retorno al proteccionismo comercial.

La política laboral de Trump será una mezcla de las tendencias populistas del presidente y su ofrecimiento de cancelar pactos comerciales, llevar la manufactura de vuelta a las grandes áreas desindustrializadas del Medio Oeste e invertir en infraestructura, combinada con la agenda republicana de dismantelar las protecciones legales a la contratación colectiva (iniciativas conocidas genéricamente como *right to work* o derecho al trabajo) y la sindicalización. El presidente ofrecerá a los trabajadores y sus organizaciones un pacto suicida a la larga: la promesa de crear empleos a cambio de su capacidad de sobrevivir y crecer.

Se requerirá un esfuerzo enorme de educación y organización sindical para resistir esta doble embestida *trumpista*, pero hay elementos muy alentadores. Miembros de sindicatos de servicios en todo Estados Unidos están encabezando las movilizaciones contra las restricciones

LOS SINDICATOS FRENTE A TRUMP

ALBERTO FERNÁNDEZ



Si atendemos a la posición estructural y los incentivos para acercarse o enfrentarse a la administración de Donald Trump, el movimiento sindical estadounidense tiene tres grandes segmentos. De las interacciones entre ellos dependerá la respuesta laboral a las políticas del nuevo presidente.

En primer lugar están los sindicatos de la construcción (albañiles, carpinteros, herreros, soldadores, electricistas, etcétera). Estos sindicatos funcionan como los gremios medievales, controlando los procesos de certificación de habilidades en cada oficio y el acceso al empleo. El tamaño de su membresía y resultante poder político depende de los ciclos económicos: a mayor

dinamismo en el ramo de la construcción y la inversión en infraestructura, mayor poder sindical. La mayoría de los miembros de estos sindicatos son trabajadores nativos y, en muchas áreas del país, principalmente blancos. Tienen todos los incentivos del mundo para apoyar las políticas de Trump.

En el extremo opuesto están los sindicatos de servicios, como SEIU y UNITE HERE, y los sindicatos del sector público como AFSCME, AFGE y AFT (magisterio). Los dos primeros han estado entre los sindicatos con mayor potencial de expansión durante más de tres décadas debido a la tercerización de la economía. Sin embargo, este potencial se ve limitado por los obstáculos patronales a la sindicalización y la negociación colectiva, por un lado, y por la precaria situación laboral, salarial y migratoria